The cover features a vertical illustration on the left side. It depicts a large, gnarled tree with a thick trunk and sparse green foliage, set against a deep blue twilight sky. A crescent moon is visible in the upper left. In the distance, a smaller, bare tree stands on a reddish-brown, sandy ground. The right side of the cover is a solid dark red color.

JAIME LUIS HUENÚN

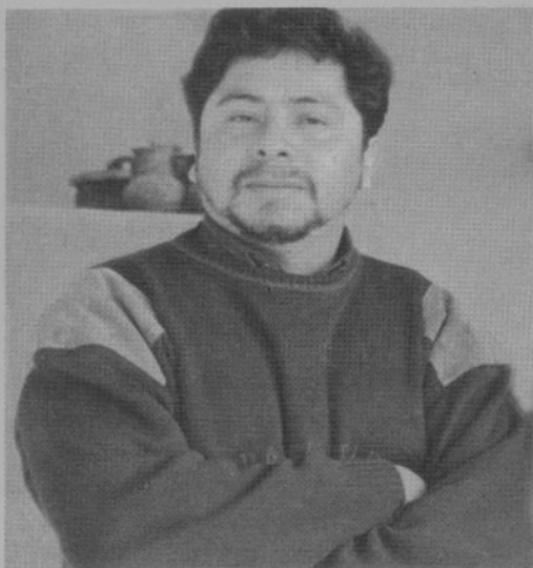
COLECCIÓN
UMANIDADES

POESÍA

CEREMONIAS



Editorial
Universidad de Santiago



JAIME HUENÚN nació en Valdivia en 1967. Estudió Pedagogía en Castellano en el Instituto Profesional de Osorno y en la Universidad de la Frontera de Temuco. En 1996 y 1997 obtuvo financiamiento del Fondo de Desarrollo de las Artes y la Cultura (Fondart) para sus proyectos de escritura poética *Ceremonias* y *Viaje al país de los manzaneros*, respectivamente. Fragmentos de su poesía se han publicado en revistas y antologías nacionales, entre las cuales se cuentan *Cartas al Azar* (muestra de poesía chilena), Ed. Ergo Sum, 1989, *Zonas de Emergencia*, Paginadura, Valdivia, 1994, y *ÛL: Four mapuche poets*, muestra de poetas de origen mapuche publicada por las editoriales Americas Society y Latin American Literary Review Press, New York 1998. Ha obtenido las becas Fondart en 1996 y 1997 y la beca para escritores otorgada por el Consejo Nacional del libro y la lectura, versión 1998. Primer premio Concurso Nacional de Poesía "El joven Neruda", organizado por la Ilustre Municipalidad de Temuco, febrero 1999. Obra ganadora: *Puerto Trakl*. Actualmente dirige la revista de Literatura *Pewma* (El Sueño) y realiza talleres de expresión poética en Temuco. Reside en Freire, IX región de Chile.

CEREMONIAS

JAIME LUIS HUENÚN

CEREMONIAS

Este libro se terminó de escribir con el auspicio del Fondo Nacional de la Cultura y las Artes, Ministerio de Educación FONDART 1996.

© Editorial de la Universidad de Santiago de Chile
Av. Libertador Bernardo O'Higgins 3363
Tel.: 56-2-6814542
Fax.:56-2-6812561
Santiago de Chile

© Jaime Luis Huenún

Inscripción N° 106.386
ISBN : 956-7069-38-7

Portada y diseño: Patricio Andrade
Figura de portada : Elsa Mora Curriao
Diagramación : Paula Guerra Herrera

Primera edición en Editorial Universidad de Santiago, 1999

Impreso en LOM Ltda.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico o mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo de la editorial.

Impreso en Chile

a María Matilde, mi abuela
a René y María Luisa, mis padres
a Maribel, Mariel Anahí y Guillermo
a mis 10 hermanos

ÍNDICE

| | |
|--|----|
| CEREMONIAS : PARA ALUMBRAR LAS VIEJAS SABIDURIAS : CONVERSACIÓN DE VIVOS Y DIFUNTOS | 11 |
| CEREMONIA DEL AMOR | 15 |
| CEREMONIA DEL AMOR | 17 |
| FOGÓN | 19 |
| PURRÚN | 21 |
| HORTELANA | 22 |
| HERMANA | 23 |
| MARERA | 24 |
| ENVÍO A ANAHÍ | 25 |
| HUACHIHUE | 26 |
| CEREMONIA DE LA MUERTE | 27 |
| CEREMONIA DE LA MUERTE | 31 |
| CISNES DE RAUQUEMÓ | 38 |
| EN EL CEMENTERIO DE SAN JUAN | 39 |
| ÚLTIMO CIELO | 40 |

| | |
|---|----|
| CEREMONIA DEL REGRESO | 41 |
| PARLAMENTO DE HUENTEAO EN LA ISLA PUCATRIHUE | 43 |
| MARERO | 44 |
| NÜTRAM | 45 |
| DIBUJO DE MONTE (CUNCO CHICO) | 48 |
| ENVÍOS | 51 |
| CRÓNICA DE FIN DE INVIERNO | 52 |
| FERIA LIBRE DE RAHUE | 54 |
| VÍCTOR LLANQUILEF EMPUJA EL BOTE EBRIO AL RÍO | |
| DE LAS CANOAS | 56 |
| REDUCCIONES | 57 |
| EPÍLOGO | 61 |

CEREMONIAS : PARA ALUMBRAR LAS VIEJAS SABIDURIAS : CONVERSACIÓN DE VIVOS Y DIFUNTOS

He aquí un libro que no hace concesiones a los estereotipos etnoculturales. Testimonio sí es del mirar lúcido que ve la significación profunda que yace en las ceremonias: lo poderosamente vital contenido en las “formas exteriores y regulares de un culto”. Y homenaje también es a quienes han dado su vida y su muerte para que prevalezcan finalmente, por encima o por debajo de una historia de despojos y reducciones (en el sentido de empequeñecer la “casa del ser”), el amor y el Verbo haciéndose carne y espíritu y universo todo. Pero no es cuestión sólo de afirmar la utopía apoyándose en voluntarismos exacerbados que impidan ver que donde hay amor hay igualmente muerte, que donde hay “regreso” hay, al mismo tiempo, la imposibilidad de volver a los lugares antiguos del ser.

Se escribe, entonces, desde y con el dolor de saberse “reducido” por el poder marginador y degradante de la sociedad chilena blanca; pero también se escribe desde y con la conciencia de saberse poeta conversador, dialogante, que comparte con nosotros, los lectores, “la conversación mapuche que entrelaza retazos de mitos, recetas medicinales e historias de parientes y vecinos vivos y difuntos” (Huenún).

He aquí, pues, que el libro *Ceremonias* deviene nüttram: conversación fascinante de los vivos y los difuntos que se vuelve interpelación a la conciencia histórica y moral del lector (mapuche y no mapuche) en el sentido de empujarnos a que comprendamos al otro y, por oposición, a nosotros mismos en la grandeza y miseria suyas y nuestras.

Se comprenderá por qué no hallamos en el libro un yo único que hable desde una posición inamovible y sin salirse de sí mismo (su discurso sería, entonces, el monólogo de un sujeto unitario totalizante), sino un conjunto de sujetos que toman la palabra y hablan desde sus propias unicidades y puntos de vista; pero todos

situados en el conflictivo y deslumbrante cruce entre indígenas y no indígenas, vivos y muertos, hechos y sueños, la tierra de abajo y la de arriba. Documento de cultura y de barbarie es este libro que contiene diversas maneras de documentar lo real: desde la barbarie expresada en el “testimonio” del Fiscal Militar Mayor Galvarino Andrade, que relata, con el frío y calculador estilo de los textos legales, una masacre de indígenas en Forrahue en 1912, hasta la afirmación irrestricta del poder de la palabra y la memoria contenidos en el testimonio del propio Jaime Luis Huenún, que relata, cual pequeña autobiografía, su propia historia como sujeto huilliche mestizo apelando a un sistema de organización de la temporalidad histórica basado en la reconstitución de su tronco parental. Esto en lo que respecta a los textos de *Ceremonias* manifiestamente documentales.

Asimismo, múltiples voces líricas despliegan registros y formas diversas. Por ejemplo, en el primer poema una voz lírica, como de conjuro, replica el español de los siglos XV y XVI, precisamente la lengua que hablaban los conquistadores (“Ceremonia del amor”); en el poema “Hermana” nos encontramos con un hablante femenino cuyo decir se construye parcialmente con fragmentos de la poesía de Pablo de Rokha, un poeta difunto (pero vivo) de raíces no mapuches; en “Envío a Anahí” un yo –tal vez el padre– le habla a la niña que acaba de nacer, representando el nacimiento como un hecho que convoca a todo el universo y que conduce a una comunión con ella y con las cosas. Hallamos igualmente al cronista, que mezcla el dato objetivo –la muerte de José Llanquilef, en el caso de “Crónica de fin de invierno”– con un lirismo que transmuta los hechos en metáfora que se hacen cargo del más potente deseo utópico: vencer finalmente a la muerte, en la medida en que morir es regresar a vivir una cierta comunión perfecta con el universo (Cf. también “Nütram”). En otra parte, encontramos la voz de un yo que habla en nombre de un “nosotros” identificado con la colectividad huilliche y los desgarros de ésta asumiendo el lenguaje coloquial propio del modo de hablar en castellano del indígena huilliche transculturizado (“Forrahue”). Asimismo, en el poema “Cementerio de San Juan”, quien habla es un difunto. Hay, pues, un complejo entrelazamiento de voces que, en alguna medida, nos recuerda a *Pedro Páramo*, de Juan Rulfo: es

precisamente la conversación de los vivos y los difuntos a la que hacíamos alusión más arriba.

Afinemos, entonces, la idea de testimonio enunciada al comienzo de esta reflexión. *Ceremonias* es, en efecto, un libro testimonial en el sentido de atestiguar un estado de cosas presentes que no se comprende sino a partir de antecedentes históricos que, de acuerdo al libro, se remontan a principios del siglo XX: el actual estado de miseria de quienes han sido desterrados – los huilliches o sus descendientes – de los lugares antiguos en los que vivían sus abuelos. No quedan sino reducciones o campamentos urbanos desde donde se construye la memoria del amor y del dolor. Pero el libro no se limita simplemente a un lamento por la pérdida de una cierta identidad primigenia, lamento que, cuando ocurre, suele a menudo convertirse en instalación imaginaria en el pasado como estrategia de rechazo radical a un aquí y ahora degradado. No insiste tampoco, a la hora de elaborar un cierto relato de la temporalidad histórica y, en última instancia, a la hora de dibujar la imagen misma del ser, en la construcción voluntarista de un sujeto indígena presumiblemente marcado por el exotismo trágico del excluido y/o el exotismo turístico del no occidental.

Obviamente hallamos muchas referencias al mundo indígena mapuche huilliche y a la ruralidad de su cultura (de ahí el repetido nombramiento de la naturaleza y la evocación de la sacralidad asociada a ella). Es claro, sin embargo, que la “testimonialidad” indígena-mestiza del libro descansa en el hecho de asumir una estrategia discursiva mapuche (*nütram*) como base para la elaboración del universo lírico del libro; universo que, por una parte, contiene múltiples referencias etnoculturales reconocibles como propias del mundo huilliche actual y, por otra, impulsos utópicos que vinculan esta escritura a la tradición de la poesía moderna occidental, en el sentido de que la palabra poética constituye siempre una manera de construir la significación auténtica de las cosas, de afirmar la belleza del existir en el escenario del mal y la muerte, de asegurar, simbólicamente, la continuidad de la sangre más allá de su derramamiento.

En este sentido, *Ceremonias* me recuerda muy de cerca la poesía de César Vallejo; no sólo por el dolor sino, sobre todo, porque, como

en Vallejo, está la certeza de que muerte y vida, odio y amor, no son en sí mismos excluyentes: depende de cómo y por qué se viva o se muera, cómo y por qué se ame o se odie. Pero el cómo y el porqué dependen, a su vez, de una cierta estrategia de textualización que supere el binarismo simple y maniqueo heredado de la tradición judeo-cristiana. Y es aquí donde un poeta como Jaime Luis Huenún tiene su lugar ganado: porque ha encontrado las palabras exactas para hacer sentido, verdadero sentido, de los rituales ceremoniosos del amor, la muerte y el regreso. Y entonces podemos decir, una vez más, que la poesía no canta ni cantará en vano.

Sergio Mansilla Torres
Osorno, julio de 1998

CEREMONIA DEL AMOR

CEREMONIA DEL AMOR

Los árboles anoche amáronse indios: mañío e ulmo, pellín e hualle, tineo e lingue nudo a nudo amáronse amantísimos, peumos bronceáronse cortezas, coigües mucho besáronse raíces e barbas e renuevos, hasta el amor despertar de las aves ya arrulladas por las plumas de sus propios mismos amores trinantes.

Mesmamente los mugrones huincas entierráronse amantes, e las aguas cholos abrieron sus vertientes alumbrando, a sorbos nombrándose, a solas e diciéndose: aguas buenas, aguas lindas, ay pero violadas somos aguas Rahue, plorosas Pilmaiquén, floridas e parteras e aún felices las arroyos que atraviesan como liebres los montes e los cerros.

E torcazos el mismo amor pronto ayuntáronse los Inallao manantiales verdes, las Huaiquipán bravías mieles, los Llanquilef veloces ojos, las Relequeo pechos zorzales, las Huilitraro quillay

pelos tordos, los Paillamanque
raulíes nuevos.

Huilliche amor, anoche amaron más
a plena chola arboladura, a granado
cielo indio perpetuo
amáronse, amontañados
como aguas potras e como anchimallén encendidos, al alba
aloroso amáronse,
endulzándose el germen lo mismo
que vasijas repletas de muday.

FOGÓN

Menos que el silencio pesa el fuego, papay, tu
gruesa sombra que arde
entre leños mojados;
menos que el silencio a la noche
y al sueño,
la luz que se desprende
de pájaros y ríos.

“Hermano sea el fuego”, habla, alumbra
tu boca,
la historia de praderas y montañas
caídas,
la guerra entre dioses, serpientes
de plata,
el paso de los hombres
a relámpago y sangre.

Escuchas el galope de las generaciones,
los nombres enterrados
con cántaros y frutos,
la lágrima, el clamor de lentas caravanas
escapando a los montes de la muerte y la vida.

Escuchas el zarpazo del puma
al venado,

el salto de la trucha en los ríos
azules;
escuchas el canto de aves adivinas
ocultas tras helechos
y chilcos florecidos.

Respiras ahora el polvo de los nguillatunes,
la machi degollando al carnero
elegido;
respiras ahora el humo ante el rehue, la hoguera
donde arden los huesos del largo sacrificio.

“Hermano sea el fuego”, dices retornando,
el sol ancho del día
reúna a los hermanos;
hermano sea el fuego, papay, la memoria
que abraza en silencio la sombra
y la luz.

* Papay es el nombre afectuoso que se da a las ancianas.

PURRÚN

HORTICANA

Yo la miro
danza
canelo florecido lleva en sus manos
danza
sus pequeños pies llenos de tierra
danza
flores de ulmo y miel en su cabello
danza
ríe y danza
bebe su muday
Yo la miro
yo no danzo
y el polvo que levanta el baile
me oculta
ante sus ojos

Purrún: baile colectivo usado en el “nguillatún” y otros ceremoniales.

HORTELANA

El cerezo madura al amparo de tus ojos
(y graznan las bandurrias)

El maíz le da sombra al sol y al rocío
(tus manos tienden la tierra mojada)

Quedan treiles nuevos ocultos tras el viento
(el vuelo de tus sueños en el aire sembrado)

HERMANA

*Aquellos ojos del color del color,
a una altura gris, miran
copihues, hilos de agua.*

*¿Es por el viento de esta hora su silencio o
son abejas borrachas
trayendo miel y sangre
al panal de sus sienes?*

*Porque el agua es hermosa,
y el cielo es hermoso
y ambos son buenos amigos - dice.*

*Porque la luz es mi alma en la estrella,
y mis pechos son fuentes de luz.*

*Porque callados sabemos lo que somos:
el águila y el cisne,
el venado y el puma,
montañas, manantial y viento,
sementeras de la eternidad.*

Los versos en cursiva pertenecen al poeta Pablo de Rokha.

MARERA

Detén el mar, hermana oh,
detén el mar entre tus piernas.

Detén el sol, hermana ya,
detén el sol fijo en tus ojos.

El sol y el mar harán rulamas
que sacaremos de la roca.

Y jaibas grandes y rojizas,
y lunfo y luce y cochayuyo.

No mires mal, hermana no,
no mires mal hacia la Isla.

Huenteao habla en cada ola,
y con sus nubes tapa el sol.

Báilale bueno un cielito,
tócale banjo y mandolina.

Se reirá el Viejo en la Piedra,
y hará que el sol vuelva a salir.

Los viejos huilliches de la provincia de Osorno aún realizan el viaje ritual y alimenticio hasta las playas de Pucatrihue. Allí, después de hacer rogativas a Huenteao, se convierten en mareros, pescadores y recolectores de orilla que trabajan el mar para vivir.

ENVÍO A ANAHÍ

Era madrugada y yo
cortaba flores para ti en mis libros de poesía.
Llovió largo sobre el mundo y en mi sueño
se abrieron los primeros rojos brotes de poroto.
Hacia el bosque volaron los güairaos,
y el tue-tue cantó tres veces
sólo para confundirme.
Amanecí después: mariposa era el cielo,
liebre era la tierra corriendo tras el sol.
Te vi luego zumbando en las celdillas de la miel,
haciendo olas en la blanca
placenta de tu madre.
La muerte es lo que escribe
el agua sobre el agua, me dije contemplando
el rocío de las hojas.
Lloré, entonces lloré,
sólo por el delirio de respirar tu aire.

HUACHIHUE

En los bosques nublados de la Gran Tierra del Sur
graznan los choroyes.

El paso sobrevuelan del viajero humilde
que busca el árbol sagrado, el árbol de la luz.

A mar huele ese viento de montes y espesuras,
a silencio hundido en los arroyos altos.

(Silencio ha de tener el paso, caminante,
silencio ha de entregar el corazón cansado).

La mañana anuncia pájaros adivinos
ocultos en las sombras húmedas del monte.

Por eso tú caminas al filo de los aires,
por eso botarás un poco de comida.

Sólo así se llega al laurel despierto,
sólo así podrás cortar una ramita.

Con ella harás el arco del tiempo y del destino,
la suerte de tu andanza bajo la luz del sol.

Se reirá el Viejo en la Piedra,
y hará que el sol vuelva a salir.

Los viejos huilliches de la provincia de Osorno aún realizan el ritual y shancuticio hasta las playas de Pacatruhú. Allí, después de regresar a Huenicaco, se convierten en mareros, pescadores, recolectores de orilla que trabajan el mar para vivir.

(...) La mañana del día 19, se dirigió a Ferrahue, a las 10 de la mañana, con el mando de cuarenta y cinco hombres de los milicianos y guardianes, para dar cumplimiento a las ordenes recibidas (...)

El capitán desmontó por piezas de la casa de Juan Acuña, se desahució de ella, porque varios cercos impedían con- tinuar a caballo. Desde este punto, Erias llamó repetidas veces al jefe de los indígenas, diciéndoles: "venga el jefe de Los Cautivos de Lda., tengo que hablarle; vengo en nombre del Presidente de la República" (...)

CEREMONIA DE LA MUERTE

En la noche se dio lectura, por el receptor Soriano, a la orden de sacramento, la que fue recibida por los indios que respondieron machos, declarando que preferían morir antes que retirarse, y que matarían al primero que se atreviera a retirarse.

(...) Como el tiempo transcurriera inútilmente, ordenó el capitán P. Pascual Segundo Arias, avanzar con parte de la tropa para que tomaran a los indígenas que estaban fuera de la casa y les dispararan de sus garrotos. Con este motivo se trabó una lucha violenta, cuerpo a cuerpo y en un momento, Arias se vio envuelto por tres o cuatro indios, resultando de uno de ellos un tremendo garrotazo en la cabeza que lo dejó en tierra, y a sus compañeros diversas heridas de menor gravedad. Simultáneamente, salían de la casa los primeros disparos de los indios, yendo uno de ellos a herir el estómago del sargento Arias.

Ante esta situación, Erias, ordenó a su tropa hacer una descarga. El resultado fue, llamó nuevamente a los indios a la tranquilidad, pero éstos contestaron con nuevos disparos.

(...) En la mañana del día 19, se dirigió a Forrahue, el Mayor don Julio Frías al mando de cuarenta y cinco hombres entre carabineros y guardianes, para dar cumplimiento a la orden recibida (...)

Como a doscientos pasos de la casa de Juan Acum, se desmontó la tropa, porque varios cercos impedían continuar a caballo. Desde este punto, Frías llamó repetidas veces al jefe de los indígenas, diciéndoles: “venga el jefe de Uds. o cualquiera de Uds., tengo que hablarle; vengo mandado por el Presidente de la República” (...)

Los indígenas contestaron con insultos y amenazas.

En seguida se dio lectura, por el receptor Soriano, a la orden de lanzamiento, la que fue recibida por los indios con mayores insultos, declarando que preferían morir todos antes que retirarse, y que matarían al primero que se atreviera a acercarse.

(...) Como el tiempo transcurriera inútilmente, ordenó el sargento 1º Pascual Segundo Arias, avanzar con parte de la tropa para que tomaran a los indígenas que estaban fuera de la casa y los desarmaran de sus garrotes. Con este motivo se trabó una lucha violenta, cuerpo a cuerpo y en un momento, Arias se vio envuelto por tres o cuatro indios, recibiendo de uno de ellos un tremendo garrotazo en la cabeza que lo dejó exánime, y a sus compañeros diversas heridas de menor gravedad. Simultáneamente, salían de la casa los primeros disparos de los indios, yendo uno de ellos a herir el abdomen del sargento Arias.

Ante esta situación, Frías, ordenó a su tropa hacer una descarga. Ejecutada ésta, llamó nuevamente a los indios a la tranquilidad, pero éstos contestaron con nuevos disparos.

Entonces, ordenó hacer fuego, habiéndose disparado de veinte a veinte y cinco proyectiles en total. No ha sido posible establecer cuantos dispararon los indígenas.

(...) Quedaron muertos once indígenas (5 hombres y 6 mujeres), ocho heridos, de los cuales han fallecido cuatro en el hospital. De los carabineros y policia quedaron heridos siete, entre ellos el sargento 1º Arias, con un balazo en el abdomen y heridas de mucha gravedad en la cabeza (informe médico, fjs. 144).

La especie consignada en dos o tres declaraciones de indígenas, de que los carabineros estaban bebidos es completamente falsa, como afirman los testimonios de fjs. 126, 120, y 122, entre otras.

(...) Cumplió el mayor Frías un doloroso deber, en resguardo de su honor y del prestigio y majestad de la ley.

(...) Quedan a disposición de US. en el cuartel del batallón Zapadores, las armas y demás efectos quitados a los indígenas y que son: 4 escopetas, 1 rifle, 7 cuchillos, 2 revolvers, 1 lanza, 3 machetes, 2 hachonas, 1 hacha, 2 azadones, 1 martillo y 43 garrotes.

Osorno, 22 de noviembre de 1912

Mayor Galvarino Andrade

Fiscal Militar.

CEREMONIA DE LA MUERTE

UNO
(FORRAHUE)

*“...alzaban sus manos
ensangrentadas al cielo...”*

(Diario “El Progreso” de Osorno,
21 de octubre de 1912)

No hablábamos chileno, mi paisano,
castellano que lo dicen.
Copihue sí, blanco y rojo,
flor de michay,
chilco nuevo.
No sabíamos de Virgen ni de Cristo, padrecito,
ni del Dios en las Alturas.
Jugábamos tirándonos estiércol de caballo en los
potreros;
robábamos panales a los ulmos y a los moscos,
y pinatras a los hualles de la pampa;
mirábamos desnudas bañarse a las hermanas
con manojos de quillay en el arroyo.
Malo era.
Sí.
Por eso vino envidia y litigio y carabina;
por eso se volvieron lobos los venados y los peces.

Malo era, paisanito, malo era.
Comíamos caliente el crudo corazón de un cordero
en el lepún;
rezábamos huilliche al ramo de laurel
junto a la machi;
matábamos con fuego al que mete huecuve
contra el cuerpo y contra el alma.
¡Brujo diablo, anda vete! decíamos escupiendo,
y el bosque más espeso
escondía a la lechuza.
Malo era, malo era.
No sabía vivir el natural antes amigo, no
sabía.
Las mujeres se preñaban en lo oscuro y en lo claro,
y los hijos se criaban a la buena
de los bosques y los ríos.
Así era, mamita, así fue:
las estrellas dejaron de alumbrarnos
la sangre de repente,
y tuvimos que ocultarnos como zorros
en montañas y barrancos.

DOS
(MISIÓN DE LA COSTA)

El traía un cargamento de abarrote en la montura,
y una calfinita de aguardiente en el morral.

“Grítenme montes y valles,
háblenme piedras del campo”, cantaba
ya borracho,

con los ojos todavía encandilados
por las luces y los bares
de la calle República.

Las estrellas se caían a pedazos esa noche, paisanito,
meteoros que les dicen los del pueblo,
pero el mar las detenía entre sus rocas
y pudimos dormir sin sobresaltos.

Buenas noches, nos dijimos, buenas noches.

Un chonchón rozó la ruca. Fue de encanto.

Mi abuelita hizo una cruz en la ceniza,
y quemó un par de trintraros que me andaban
en la nuca y en la frente.

Desperté bajo unos notros florecidos,
con los labios amargados
por el vino y la intemperie.

Mi caballo descansaba junto a un álamo;
escuchó antes que yo a la trutruca
y soltó un relincho fuerte
corcoveando.

Ahí mismo lo corrí y le di alcance,
y lo monté y lo galopé hasta el rancherío.
Le gritamos ¡párate, Juan, arráncate!,
pero el venía del pueblo
y traía el cuerpo malo.
“Grítenme montes y valles,
háblenme piedras del campo”, cantaba
de costado en la cuneta.
Rematado dicen que fue,
aunque ya había muerto
mucho antes que dejara de cantar
esa ranchera.

TRES (CEMENTERIO DE SAN JUAN)

Solito caí, dicen que dice, ay sí solito;
mojado de mi sangre viviente todavía.
No iré a Maicolpué ni a Pucatrihue iré,
donde el mar revienta su luz
sobre las rocas y la arena.

CUATRO (LOMA DE LA PIEDRA)

De lejos lo vi, hija, de lejos lo sabía.
Grande fue mi sueño, mi revelación:
blanquito amanecía el cielo de Forrahue

con dos caballos negros garañones
pateándose allá arriba.

Buena sangre los soñé, hubieras visto, lindos eran,
y brillaban casi azules en la altura.

Recordé cuando venían hacia mí
cerrándome las vistas y el resuello.

Eso dijo la viejita, amigo, eso dijo.

Fue la única que tuvo mal dormir
aquella noche.

CINCO

(PUNOTRO)

Pero nada se oculta en este cielo, hija, nada
y el difunto corazón, podrido y todo,
no olvida bajo tierra:

Francisco Acum, acuérdate - lloraba -,
limpiaplata le llevo a tus heridas.

Anjela Rauque es una loica encinta
que da a luz entre peumos y tineos.

Ya pues, Marinao, no llores muerto,
y vamos a nadar al río Contaco.

María Santos es buena tejedora,
sus mantas valen oro cuando rompe el agua.

Candelaria Colil, huelen tus pechos
a poleo quemado y a chilco con rocío.
Carolina Guimay aporca, alza porotos
como lanzas florecidas hacia el cielo.

Carmen Llaitul, escarba, coge berros
y el estero se llena de salmones.

Antonio Nilián hierve, endulza chicha
con la miel y con los pétalos del ulmo.

Tránsito Quintul tiene visiones
donde arden las hojas del latúe.

Candelaria Panguinao busca nalcas
y varillas de voqui en las quebradas.

Juan Acum sangra, moja juncos
que se doblan sobre el agua del Maicolpi.

(Todos sangran, son sus sangres las que caen
al oleaje de la tarde en Pucatrihue.

Todos sueñan en el monte y la llanura,
y en un hilo del alma de sus hijos).

(LOMA DE LA PIEDRA)

SEIS

(CAMPAMENTO PAMPA SCHILLING)

Aquí, henos aquí,
ya viudos de nuestros dioses,
viudos del sol, del agua
y de la luna llena.

Adentro,
frente al brasero,
quemamos lengua y memoria.

Afuera

florece el ulmo, la lluvia moja al laurel
que brilla en mitad del monte.

¿Para quién brilla el laurel?

¿Para quién moja sus ramas?

De lejos se escucha el mar,
y el graznido del güairao.

Dormimos, viudos del sueño,
soñamos cosas que arden:

cometas entre las rocas,
aguas donde quema el oro.

¡Es arte de brujos! – grito-

¡Escupan esas visiones!

Nadie

me responde, nadie. Solo
estoy ante la noche.

Afuera brilla el laurel
a relámpagos y a sangre.

El monte es una neblina,
y el agua del mar se arde.

CISNES DE RAUQUEMÓ

Buscábamos hierbas medicinales en la pampa
(limpiaplata y poleo, yerbabuena y llantén).
El sol era violeta, se escarchaban los pastos.
Bajaba el Rahue oscuro ya sin lumbré de peces.

Oímos mugir vacas perdidas en la vega,
y el ruido de un tractor camino a Cancha Larga.
Llegamos hasta el río y pedimos balseo.
Un bote se acercó silencioso a nosotros.

En medio del junquillo dos cuerpos de agua dulce,
blancos como dos lunas en la noche del agua,
doblaron sus dos cuellos de limpia plata rotos,
esquivando sin fuerzas los golpes y el torrente.

Cada uno tomó un ave de la cola o las patas,
y remontó hacia el bote oculto entre los árboles.
Los hombres encendieron sus linternas de caza,
y arrojaron en sacos las presas malheridas.

Nos marchamos borrachos, emplumados de muerte,
cantando unas rancheras y orinando en el viento.
En mitad de la pampa nos quedamos dormidos
cubriéndonos de escarcha, de hierba y maleficios.

EN EL CEMENTERIO DE SAN JUAN

El tiempo de las cruces, de las largas ofrendas,
cuando escapa la rata al nido del zarzal,
deja ver unas sombras ocultas tras las puertas
de casas sostenidas por la muerte y la cal.

Son grandes soledades comiéndose las piedras,
llenando sus vasijas con el rumor del mar;
sus miradas son pastos crecidos sobre tejas
que enfrentan campos secos y rotos por la sal.

Los parientes se vienen de lejanas hijuelas,
trayendo en sus morrales hogazas de buen pan.
Junto al muerto lo miran, lo comen y lo piensan
hasta cuando no queda nada más que pensar.

Después de desvestir las tumbas de malezas,
beben cántaros llenos de chicha montaraz,
y recorren el largo camino que los deja
de espaldas al camino que llega a este lugar.

El tiempo de las cruces, de las largas ofrendas,
levanta tierra roja bajo el sol de San Juan;
aquí donde el cielo reseca a hombres y bestias,
y el viento se lleva graznidos hacia el mar.

ÚLTIMO CIELO

*Los pájaros blancos van
por montes y por llanuras,
llevándose la espesura
del cielo azul de San Juan;*

*hacia la Mesa de Piedra
donde Huenteao nos cura
de males y de lisuras
con gruesa agua y con sal.*

*Déjale por eso un canto,
marero, a las tres oscuras
piedras donde el viento dura
más que en la tierra y el mar.*

*Se hará después el silencio
tras la bandada que apura
la noche y las alturas
hasta el oleaje final.*

PARLAMENTO DE HUENTRAYO EN LA ISLA PUCATRIHUE*

Si debo decir algo diré el peso de la piedra en que me han convertido mis paisanos. Mojado por la espuma, lejos de las sementeras y los caminos, nido soy de las gaviotas, el duro territorio de los caracoles y otros animalitos del mar.

CEREMONIA DEL REGRESO

agotados por el viaje y la memoria. Me ruegan y me hablan con hilachas de un idioma ya intratable, el que un día compartimos. La fuerza de sus sangres ha quedado en el camino. Viejos y temerosos, se entregan a un poder que nunca tuve.

Pronto partirán con sus cosechas de algas y pescado, la pobre ración de sus afanes. El pan y el tabaco que dejan en mis rocas serán para las olas; los ramos de trigo y de flores caerán en las oscuras almas de la profundidad.

El turbio remolino de los tiempos nos aparta nuevamente. De piedra e invisible, eterno en la vejez a la que estoy condenado, hablo solo bajo el cielo del amanecer.

*Huentyayo o Huentyayo: espíritu huilliche que habita un islote de rocas en Pucatrihue. Hasta el sueño llegar viajeros y lugareños a pedir permiso para pescar y recolectar lo que deja el oleaje sobre la roca.

PARLAMENTO DE HUENTEAO EN LA ISLA PUCATRIHUE*

Si debo decir algo diré el peso de la piedra en que me han convertido mis paisanos. Mojado por la espuma, lejos de las sementeras y los caminos, nido soy de las gaviotas, el duro territorio de los caracoles y otros animalitos del mar.

Los hombres que ahora veo se hincan en la arena, agotados por el viaje y la memoria. Me ruegan y me hablan con hilachas de un idioma ya intratable, el que un día compartimos. La fuerza de sus sangres ha quedado en el camino. Viejos y temerosos, se entregan a un poder que nunca tuve.

Pronto partirán con sus cosechas de algas y pescado, la pobre ración de sus afanes. El pan y el tabaco que dejan en mis rocas serán para las olas; los ramos de trigo y de flores caerán en las oscuras almas de la profundidad.

El turbio remolino de los tiempos nos aparta nuevamente. De piedra e invisible, eterno en la vejez a la que estoy condenado, hablo solo bajo el cielo del amanecer.

***Huenteano o Huenteyao:** espíritu **huilliche** que habita un islote de rocas en Pacatrihue. Hasta él suelen llegar viajeros y lugareños a pedir permiso para pescar y recolectar lo que deja el oleaje sobre la arena.

MARERO

De lejos he venido a trabajar el mar,
de lejos he venido a hundirme en la arena.

Mucho sol ha de darme todavía en la cara,
mucho polvo colorado quemará mis ojos.

Silencioso sigo la huella de la Costa;
pocas sombras han dado sombra a mi palabra.

Ahora busco un laurel en la Tierra del Eco,
ahora corto la rama en que veré mi suerte.

Huachihue llamaron antiguos caminantes
a este arco de rama hincado en la tierra.

Si a mi vuelta lo hallo aún enterrado
señal será de vida y viejo he de morir.

Y si una de sus puntas hallo levantada,
malos vendrán mis años y el viaje perderé.

NÜTRAM

a Ricardo Caifal y a su madre,
Manuela Piutrín.

UNO

Blanca es la luna que asoma
hasta la transparencia en el oeste.
Si soplaras hacia ella desaparecería
al punto de tu aliento.

Tal el cirio
que los deudos apagan
para la paz del que marcha
sin consigo
al otro mundo.

DOS

Tomo el mate en un jarro de aluminio. Los ancianos de la casa hablan de un hombre que enloqueció buscando plata en las montañas. Volvió con una calavera en el morral y un par de falanges carcomidas por la nieve. A quien lo oía, invitaba a subir crueles caminos para seguir buscando huesos, su riqueza, la corruptible plata de los muertos.

Pobre loco - dice Juan -, murió allá arriba, perdido de camino, aplastado por la nevazón.

De Lonquimay, un tren cargó sus restos hasta Quepe. Envuelto en arpilleras lo entregaron a la policía Antonio Calfumán nombraban - dice-.

TRES

Arde al viento el sahumero en los corrales
(ruda fresca contra el brujo
y el huecuve): vuela
en sueños un pájaro de agüeros,
solitario y mortal
para los campos.

Su graznido detiene la memoria,
ocultándonos
la llama de la luna.

A susurros corre el agua del Huilquilco
como un cisne desangrándose
en silencio.

Agua y nieve arrastra el viento en Catripulli: los
volcanes
nos contemplan en tinieblas.

Viejo abuelo, Azul Cóndor - hablan las cumbres-
pule tu hueso, tu mirada oscura y fría:
flores caen
para el barro y las pisadas
entre potros y becerros montaraces.

Viejo abuelo Azul Cóndor, oye
a los viejos
manantiales de la nieve y los pehuenes:
huele tu sangre emplumada,

cóndor ciego,
hecha nieve y negra plata entre los muertos.
Los olores del sahumero se han perdido;
ya la llama del poder
rozó los surcos.
En el huerto se aposentan los espíritus,
y aletea hacia las ramas la lechuza.

Me tocó vivir la última mitad del año 1992 en la pequeña parcela de la familia Caifal - Piutrín, situada a 18 kms. al sudoeste de Temuco.

Allí, al calor de la cocina a leña, compartí el nüttram, la conversación mapuche que entrelaza retazos de mitos, recetas medicinales e historias de parientes y vecinos vivos y difuntos.

Fue en uno de esos nüttram cuando mis amables hospederos relataron la locura de Antonio Calfumán, y sus últimas andanzas por territorios cordilleranos.

Por aquellos días, el estero Huilquilco se salía de cauce, y mis amigos quemaban hojas de ruda y de canelo para descargar su casa de maldades y brujos.

El frío paralizaba el vuelo de abejas, torcazas y loicas, pero el sol despertaba a veces aclarando las alturas de los volcanes Villarrica y Llaima. Y después de contumaces lluvias, como un remanso en el riñón del invierno, la noche abría paso a un cielo diáfano, iluminado por la creciente luna nueva.

Pronto, sin embargo, volvían los granizos y los vientos, y en los sembrados flameaban las alas de la lechuza, espía de los brujos o brujo disfrazado. El humo del conjuro se hacía más intenso entonces y, entre ruegos y maldiciones, escuchaba yo el áspero ulular del ave agorera.

DIBUJO DE MONTE (CUNCO CHICO)

Pelehue nombran este lugar. Desde el cerro Mariaguín contemplo los volcanes: el Llaima, con su corona de humo y una cicatriz en la nieve; el Villarrica, mariposa blanca entre las hojas de maqui; el Lonquimay, y su cumbre pulida por el cielo del atardecer. “*El sol se va al mar*”, dice la machi, mientras echa en un saco los remedios de monte.

*

“Este, melahuén, tiene flor bonita, parece menta. Este otro, afülkón. Este, mülul, zarzaparrilla llaman en huinca. Este de aquí, filulahuén, remedio de la culebra. Este, palosanto, cancheluahuén en mapuche. Este, palqui, quita la fiebre. Este, hacachu, pastomaíz. Florece. Bonito. Y este, canelo, nehuenlahuén, remedio de la fuerza”.

*

La machi Isabel Fariñe Caniuqueo y su joven ayudante Abraham Montero Huentemil, limpian las hierbas tomadas en el cerro. Las apartan y las envuelven con hojas de diarios y con retazos de plástico. Luego amarran los paquetes y los cuelgan frente al fogón.

*

La ruka, ya a fines del invierno, mantiene a raya vientos, aguaceros y heladas. El nütram, la balbuceante conversación, espanta los espectros del espíritu. “Mi corazón te conoce,

hermana, /mi corazón te conoce: / tú eres la que teje / mi corazón en el telar”, dice un canto que oí, efímero y monótono, en Playa La Mina, a orillas del río Quepe. Y es así: bajo las extrañas sombras de nuestros cuerpos proyectadas por el fuego y por la lámpara, nos miramos y nos reconocemos. Afuera los treiles graznan volando la bulliciosa danza del apareo. Adentro escucho verter las palabras, el mapudungún que se desliza por entre mallines y pedregales. No entiendo, pero sí, en los ojos, en el fuego, en esa rama de sombra que de golpe cae a la boca de la machi Isabel.

*

La luz de la lámpara a parafina ha atraído un gran zancudo. Una de la hijas de la machi lo toma y lo arroja a las brasas, escupiendo.

*

Salgo de la ruka. Noche cerrada. Sin embargo, es posible distinguir la silueta de los peuma bajo el cielo nublado.

*

Gris es la mañana. Vuelan los urcos sobre el quilantal. Anuncian el salto de la culebra de agua.

*

Remigio Hueche canta. Dicen que está loco, que cuando le viene la locura desvaría durante un mes o dos. Ahora está sano. Un poco borracho, eso sí, pero canta. Es el único que todavía canta el “ül” en Cunco Chico.

*“Mi caballo es blanco
y yo soy el viento que lo monta.
Mi caballo es blanco
y corre poderoso bajo el cielo azul.
Nadie podría quitarme este caballo.
Nadie podría quitarme este caballo.
Firme llevo yo las riendas.
Firme llevo yo las riendas.
Sólo tú, linda hermanita,
podrías hacerme bajar.
Sólo tú, linda torcaza,
me podrías derribar.
Mi caballo es blanco
y yo soy el viento que lo monta.
Mi caballo es blanco
y corre poderoso bajo el cielo azul.
En mi caballo te llevaré,
a otra tierra te llevaré.
Te alegrarás después, hermanita.
Sí, te alegrarás”*

Mallín: terreno húmedo, pantanoso, cercano a los ríos y los arroyos.

Peuma: el sueño que no es pesadilla y que alumbró los días por venir.

El peuma se relata en la mañana como un acto de purificación. Así, el peuma que presente presagios dañinos, perderá su poder; por el contrario, aquel que contenga símbolos y anuncios de bienestar, se cumplirá.

Ül: el canto o poema cantado, improvisado en celebraciones comunitarias, situaciones amorosas o como homenaje a parientes, amigos o vecinos.

ENVÍOS

(a Collahué)

Silencio en la nieve: hay
tres volcanes blancos
hundiéndose en tus ojos.

(a Los Cacicques)

Danza la nube en el viento azul.
El niño alza la cara.
Polvo en sus mejillas.

(al estero Huilquilco)

Luna sobre el bosque
Una hoja cae al agua.
Navega en la luz

CRÓNICA DE FIN DE INVIERNO

Ayer estuvo en casa un pariente del campo. Llegó borracho y sudoroso. Cojo como es, habrá andado difícil por las calles de Osorno, con el alcohol acumulado en el tobillo del pie derecho, su hueso malformado.

Trajo la noticia de la brutal caída de caballo de su padre, tío abuelo mío por huilliche y por marido de una de las hermanastras de mi abuela.

José Llanquilef, 89 años, carpintero, campesino, constructor de lanchas y botes, mueblista y ex dueño de un almacén y de un microbús de recorrido rural, vive por estos días sus últimos días. Ha perdido la memoria y de sus ojos se ha borrado el mundo.

Su mujer, Zulema Huaiquipán Huenún, trajinará diminuta bajo el peso de la joroba de vejez por los pasillos del hospital de Quilacahuín.

Pronto graznará el chonchón desde el lado siniestro de la vida.

¿Quién pide aplausos

por vivir o

por morir?

Este,

que recibió las arrugas

y las canas

como los árboles de monte, no

murió: quedó encantado.
Su catafalco va cubierto
de crisantemos y de lirios.
Nadie lo llora en el cortejo
que avanza entre el río
y los sembrados
de papa y remolacha

Silencio de agua, polvo de murmullo.

Del Trumao de los trenes
al Cantiamo de las arvejas enormes;
del Trinidad de las manzanas
a la Barra del río Bueno:
que refloten los antiguos vapores varados
(el “Margarita”, el “Tres Palos”, el “Rahue”)
y que se embarquen todos
los que ya murieron.

Mañana
florecerán los arrayanes,
y los campos serán de las abejas,
y el muerto despertará la primera mariposa
bajo la lluvia de la eternidad.

FERIA LIBRE DE RAHUE

Nosotros distantes

luna abajo

abajo

abajo

traemos lentejas

latúe en la mirada

- latúe en los hijos

- latúe florecida

Y traemos el mar en las pencas de piures,

y lunfo sancochado en grande olla de hierro.

“Abuelito Huenteao / de piedra en Pucatrihue
escucha a tus hijos / templo del costeño.”

Los bares mexicanos de Avenida República

ha tiempo nos parieron: el “Richmond”, el

“Niza”, la concha del alcohol

-que divide los cielos

-que divide la pesca

-que divide las sombras en la

[calle mojada

GLORIA A (y) ABUELITO HUENTEAO

DIOS

LEVANTA A TU PUEBLO UNIDO

(o)

TRAIGANLE SANGRE DE SU GUSTO PARA QUE LLUEVA

Cayeron árboles al mar. Los peces yacían en el viento. A caballo sudado olía el agua. Helechos en el aire. Ni un pájaro en el Arco de las
[Interrogaciones.

GLORIA

O

SANGRE

La banda ya tocaba “Me caí de la nube”,
cuando nos arrojaron bajo el puente San Pedro.
El río en sus botes se llevó nuestras almas,
y volvimos al campo ebrios y pendencieros,

“Abuelito Huenteao / entréganos tus aguas
danos el alimento / ocúltanos del mal.
Abuelito Huenteao / contempla nuestro trigo

NOSOTROS, COMO EL SOL, NO

TENEMOS AMANECER”

Lunfo : el ulte o tallo del alga llamada collofe o cochayuyo.

Latúe: latúa pubiflora, planta alucinógena que crece en San Juan de la Costa, provincia de Osorno.

VÍCTOR LLANQUILEF EMPUJA EL BOTE EBRIO AL RÍO DE LAS CANOAS

Un coipo nada en el sol
y tú te recoges en el agua, silencioso.
Son tus orillas el berro y el junco,
y la ancha sombra de los sauces
el destino de tu sombra bajo el agua.
Un pez alza la luz sobre el remanso.
El destello es tu espíritu
que se hunde en lo profundo
nuevamente.

REDUCCIONES

Provengo, por sangre paterna, de un tronco huilliche que aún mantiene un mermado asentamiento en los reductos de Quilacahuín, localidad ubicada a 35 kms. al noroeste de la ciudad de Osorno.

En aquel vasto territorio, mi antigua parentela aborigen remontaba sus trabajos y sus días con ocasionales fiestas comunitarias. Entonces – como todavía ocurre hoy – una de las fechas más celebradas era el 24 de junio: Hue Tripantu, año nuevo para las comunidades mapuche de la Frontera; día de San Juan para mis paisanos huilliche de la cordillera de la costa osornina.

Mis parientes (que se llamaban José, Albino, Luis; pocos Juanes se contaban entre ellos) no eran ajenos a la prodigalidad de este onomástico. Después de adivinar el porvenir en los espejos y en las papas, y de azotar cerezos y manzanos para obligarlos a dar abundancia de frutos, destapaban barriles de chicha y degollaban un cerdo a la luz de las fogatas.

El más laborioso de mis mayores, Enrique Aguas Huenún, se hacía acompañar por su mujer hasta una misteriosa bodega de la que volvía con botellas y una cesta repleta de manzanas. “Era que el tenía sus entierritos por ahí”, cuenta mi abuela. “los antiguos eran gente muy pensada”, recuerda.

Así pues, mi tío abuelo conservaba hortalizas, licores y frutos en profundos hoyos acolchonados con viruta, aserrín

y paja. De este modo, ofrecía a los visitantes productos que en invierno ya no estaban al alcance del común.

Pero la rueda de los tiempos, los soles y las lunas girando sobre vivos y difuntos, ha echado sombra a esas viejas sabidurías. Mi último viaje, recuerdo a los campos de Quilacahuín fue hace diez años. En el intertanto han ido cayendo a sus respectivas fosas de eternidad, Carlos Huaiquipán, José Llanquilef, Abraham Huaquipán y Albino Aguas. Quedan en la tierra, corazón de voqui y memoria resistente, las pobrísimas mujeres: Matilde Huenún y Zulema y Catalina Huaiquipán. Y los ríos: el Rahue, el Pilmaiquen, el Bueno, buscándose por valles y declives, destellando con los peces que brincan los remansos del atardecer.

Trumao.

Cofalmo.

Cantiamo.

Trinidad.

Recuerdo en voz alta los nombres
de los sitios que habitaron mis abuelos:
el Molino de Oro camino a Hueyusca,
el Salto de las Tres Tazas
donde la piedra hace florecer
un delgado estero silencioso.
He de ir, me digo, he de oler
las hierbas de los puertos del Rahue.

Veré saltar las carpas en el río Bueno
y escucharé, a medianoche, la música
del barco de luz que vuela hacia el mar.
Llevaré flores a las tumbas de esos hombres.
Mañana, me digo, mañana
cuando amanezca en el sol.

EPÍLOGO

UN CIERRO ME PIDE HACER HUENÚN, algo así como una epilogación de sus *ceremonias* - amor, vida, muerte, regreso - los misterios entre los que giramos. Tarea difícil de emprender, pues soy ya habitante de un mundo irreverente y urbano que en nombre del progreso - la bestia negra y transgresora - no permite conversar con la sabiduría de la tierra - con la que rompió su alianza - ni permite oír el lenguaje de las praderas marítimas del Abuelito Huenteaó.

Sin embargo, el gesto de amistad, la generosa invitación, con que Jaime Luis me honra, para acompañarlo en su ceremonia del *libro* - secreción de la vida - tiene la virtud de la memoria: mi origen ha estado desde siempre en *leufu*; entonces, soy testigo de su ordenamiento y ordenación como poeta, del silencio de su encaminamiento hacia el entramado humano para ofrecer la humildad de su conocimiento poético, y su ligazón con esa fuerza poderosa que le ofrece un camino a la vida: la poesía.

Te sigo Jaime Luis en este acto en que te concentras como hombre solitario con tus secretos huilliches. Te sigo en tu libro donde te recoges con tus antepasados para que por sobre el sufrimiento se agite otra vez el mar primordial. Te sigo en tus líneas y poemas - las huellas del poeta - pues como pensaba Char «sólo las huellas hacen soñar». Y tú vas a cielo abierto, Huenún, como lo indica tu nombre. No hay

cierro. Una página está encadenada a otra como la ola a su oleaje; la palabra se enraíza y a la vez se mueve como piedra imantada y «no esperes que el rigor del camino/ que terca- mente se bifurca en otro/ tendrá fin», (Borges).

Elvira Hernández
Santiago, octubre 1998